

CRISTO NUESTRA PASCUA

Volumen 1 – Sermón No. 54

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO EN LA NOCHE DEL SÁBADO
2 DE DICIEMBRE DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK CHAPEL, SOUTHWARK**

“Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”.
1Corintios 5:7

Cuanto más leas la Biblia y más medites sobre ella, más te sorprenderás. El que no es sino un lector casual de la Biblia no conoce la altura, la profundidad, la longitud y la amplitud de los poderosos significados contenidos en sus páginas. Hay ciertos momentos en que descubro una nueva línea de pensamiento y me llevo la mano a la cabeza y digo con asombro: “¡Oh, es maravilloso! Nunca había visto esto antes en las Escrituras”. Verá que las Escrituras se amplían a medida que las ingresa, cuanto más las estudie, menos parecerá saber de ellas, ya que se amplían a medida que nos acercamos a ellas. Especialmente encontrará este el caso con las partes típicas de la Palabra de Dios.

La mayoría de los libros históricos estaban destinados a ser tipos de dispensaciones, experiencias u oficinas de Jesucristo. Estudia la Biblia con esto como clave y no culparás a Herbert cuando lo llame, "no solo el libro de Dios, sino el Dios de los libros". Uno de los puntos más interesantes de las Escrituras es su tendencia constante a mostrar a Cristo. Y quizás una de las figuras más bellas bajo las cuales Jesucristo se exhibe en la Sagrada Escritura, es el Cordero Pascual. Es Cristo de quien estamos a punto de hablar esta noche.

Israel estaba en Egipto en esclavitud extrema. La severidad de su esclavitud había aumentado continuamente hasta que fue tan opresiva que sus gemidos incesantes subieron al cielo. Dios, que se venga de sus propios elegidos, aunque claman día y noche a él, por fin determinó que dirigiría un golpe terrible contra el rey de Egipto y la nación de Egipto y liberaría a su pueblo. Podemos imaginar las ansiedades y las anticipaciones de Israel, pero apenas podemos simpatizar con ellas, a menos que nosotros, como cristianos, hayamos tenido la misma liberación del Egipto espiritual.

Hermanos, volvamos al día de nuestra experiencia, cuando vivimos en la tierra de Egipto, trabajando en los ladrillos del pecado, trabajando duro para mejorar y encontrar que no sirve de nada. Recordemos esa noche memorable, el comienzo de los meses, el comienzo de una nueva vida en nuestro espíritu, y el comienzo de una era completamente nueva en nuestra alma. La Palabra de Dios dio el golpe a nuestro pecado. Nos dio a Jesucristo nuestro sacrificio. Y en esa noche salimos de Egipto.

Aunque hemos pasado por el desierto desde entonces y hemos luchado contra los amalecitas, hemos pisoteado a la serpiente de fuego, hemos sido abrasados por el calor y congelados por las nieves, pero desde entonces nunca hemos vuelto a Egipto, aunque nuestros corazones pueden a veces hemos deseado los puerros, las cebollas y las ollas de carne de Egipto; nunca hemos sido esclavizados desde entonces. Ven, celebremos la Pascua esta noche y pensemos en la noche en que el Señor nos libró de Egipto. Contemplemos a nuestro Salvador Jesús como el Cordero pascual del que nos alimentamos. No solo lo veamos como tal, sino que nos sentemos esta noche en su mesa. Comamos de su carne y bebamos de su sangre. Su carne es carne, de hecho, y su sangre es bebida, de hecho.

En santa solemnidad, que nuestros corazones se acerquen a esa antigua cena. Volvamos a las tinieblas de Egipto y, por contemplación santa, contemplemos, en lugar del ángel destructor, el Ángel del Pacto a la cabeza de la fiesta: "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo".

No tendré tiempo esta noche para entrar en toda la historia y el misterio de la Pascua. No me entenderán esta noche predicando sobre todo el asunto, sino algunos puntos destacados como parte de ellos. Se necesitaría una docena de sermones para hacerlo, de hecho, un libro tan grande como Caryl sobre Job, si pudiéramos encontrar un divino igualmente prolijo e igualmente sensato. Pero, antes que nada, veremos al Señor Jesucristo y mostraremos cómo se corresponde con el Cordero pascual, y nos esforzaremos por llevarlo a los dos puntos de tener su sangre rociada sobre usted y haberse alimentado de él.

Primero, entonces, JESUCRISTO ES TIPIFICADO AQUÍ BAJO EL CORDERO PASCUAL y si hubiera una de las semillas de Abraham aquí que nunca ha visto a Cristo como el Mesías, le ruego que preste especial atención a lo que debo avanzar, cuando hablo del Señor Jesús como el Cordero de Dios, muerto por la liberación de su pueblo escogido. Sígueme con tus Biblias y abre primero en el capítulo 12 de Éxodo.

Comenzamos, en primer lugar, con la víctima, el cordero. Qué bien una imagen de Cristo. Ninguna otra criatura podría haber tipificado tan bien a aquel que era santo, inofensivo, sin mancha y separado de los pecadores. Siendo también el emblema del sacrificio, retrató dulcemente a nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Busque en la historia natural a través, y sin embargo encontrará otros emblemas que establecen diferentes características de su naturaleza, que lo muestran admirablemente a nuestras almas, pero, no hay ninguno que parezca tan apropiado para la Persona de nuestro amado Señor como el del Cordero. Un niño percibiría de inmediato la semejanza entre un cordero y Jesucristo, tan gentil e inocente, tan suave e inofensivo, que no lastima a los demás ni parece tener el poder de resentir una lesión.

"Un hombre humilde ante sus enemigos, un hombre cansado y lleno de males".

¡Qué torturas ha recibido la raza tímida de nosotros! ¡Cómo son, aunque inocentes, continuamente sacrificados por nuestra comida! Su piel es arrastrada de sus espaldas, su lana es desgarrada para darnos una prenda. Y así, el Señor Jesucristo, nuestro glorioso Maestro, nos da sus vestiduras para que podamos vestirnos de ellas.

Él está destrozado por nosotros, su misma sangre se derrama por nuestros pecados, inofensivo y santo, un sacrificio glorioso por los pecados de todos sus hijos. Así, el Cordero Pascual bien podría transmitir al hebreo piadoso la Persona de un Mesías sufriente, silencioso, paciente e inofensivo.

Mira más abajo. Era un cordero sin mancha. Un cordero manchado, aun si tuviera la mancha más pequeña de la enfermedad, la menor herida, no habría sido permitido para una Pascua. El sacerdote no habría querido que lo mataran, ni Dios habría aceptado el sacrificio en sus manos. Debe ser un cordero sin mancha. ¿Y no fue Jesucristo incluso así desde su nacimiento? Impecable, nacido de la pura virgen María, engendrada del Espíritu Santo, sin una mancha de pecado. Su alma era pura e impecable, como el blanco de la nieve, claro, perfecto. Y su vida era la misma. En él no había pecado. Tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras penas en la Cruz. En todos los puntos estuvo tentado como nosotros, pero hubo esa dulce excepción, "sin embargo, sin pecado".

Un cordero sin mancha. Tú que has conocido al Señor, que has probado su gracia, que has tenido comunión con Él, ¿no reconoce tu corazón que Él es un cordero sin mancha? ¿Puedes encontrar alguna falla en tu Salvador? ¿Tienes algo que poner a su cargo? ¿Se ha ido su veracidad? ¿Se han roto sus palabras? ¿Han fallado sus promesas? ¿Ha olvidado sus compromisos? Y, en cualquier aspecto, ¿puedes encontrar en Él alguna mancha? ¡Ah no! Él es el Cordero inmaculado, el puro, el inmaculado, el inmaculado, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Y en Él no hay pecado.

Continúa más abajo en el capítulo. Su cordero estará sin mancha, "un macho del primer año". No necesito detenerme a considerar la razón por la cual el macho fue elegido. Solo notamos que iba a ser un hombre del primer año. Luego estaba en su mejor momento, luego su fuerza no se agotaba, luego su poder acababa de madurar en madurez y perfección. Dios no tendría un fruto inoportuno. Dios no hubiera ofrecido lo que no había llegado a la madurez. Y así, nuestro Señor Jesucristo acababa de llegar a la madurez de la virilidad, cuando se le ofreció. A los 33 años de edad fue sacrificado por nuestros pecados. Fue entonces sano y fuerte, aunque su cuerpo pudo haber sido demacrado por el sufrimiento y su rostro más estropeado que el de cualquier otro hombre; sin embargo, estaba en la perfección de la virilidad.

Me parece que lo veo entonces. Su bella barba cayendo sobre su pecho. Lo veo con sus ojos llenos de genio, su forma erguida, su manera majestuosa, su energía completa, su cuerpo completo en pleno desarrollo, un hombre real, un hombre magnífico, más justo que los hijos de los hombres, un cordero no solo sin mancha, pero con sus poderes plenamente revelados. Tal fue Jesucristo, un Cordero del primer año, no un niño, ni un muchacho, ni un hombre joven, sino un Hombre completo, para que Él pudiera darnos Su alma. No se entregó a morir por nosotros cuando era joven, porque no habría dado todo lo que debía ser. Él no se entregó a morir por nosotros cuando estaba en la vejez, porque entonces se habría entregado a sí mismo cuando estaba en decadencia.

Pero justo en su madurez, en su plenitud, entonces Jesucristo nuestra Pascua fue sacrificada por nosotros. Y, además, en el momento de su muerte, Cristo estaba lleno de vida, ya que uno de los evangelistas nos informa que "lloró en voz alta y entregó el fantasma". Esta es una señal de que Jesús no murió por debilidad, ni por la descomposición de la naturaleza. Su alma era fuerte dentro de él. Seguía siendo el Cordero del primer año. Aun así, era poderoso. Podría, si quisiera, incluso en la Cruz, haber desbloqueado Sus manos de sus cerrojos de hierro y descender del árbol de la infamia, haber llevado a Sus enemigos asombrados ante Él como un ciervo esparcido por un león. Sin embargo, dócilmente dio obediencia a la muerte.

Mi alma, ¿no puedes ver a tu Jesús aquí, el Cordero inmaculado del primer año, fuerte y poderoso? ¡Y, oh corazón mío! ¿No surge el pensamiento? Si Jesús se consagró a ti cuando estaba así con toda su fuerza y vigor, ¿no debería yo en la juventud dedicarme a Él? Y si estoy en la madurez, ¿cómo estoy doblemente obligado a darle mis fuerzas? Y si estoy en la vejez, aún debo buscar mientras queda poco, consagrarle ese poco. Si me lo dio todo, lo que fue mucho, ¿no debería darle todo mi poco a él? ¿No debería sentirme obligado a consagrarme enteramente a Su servicio, a poner cuerpo, alma y espíritu, tiempo, talentos, todo sobre Su altar?

Y aunque no soy un cordero sin mancha, estoy feliz de que, como el pastel fermentado fue aceptado con el sacrificio, aunque nunca se quemó con él, yo, aunque un pastel fermentado, pueda ofrecerse en el altar con mi Señor y Salvador, el Ofrenda quemada del Señor. Y así, aunque impuro y lleno de levadura, puedo ser aceptado en el Amado, una ofrenda de un dulce sabor, aceptable para el Señor mi Dios. ¡Aquí está Jesús, Amado, un Cordero sin mancha, un Cordero del primer año!

El tema, ahora se expande y el interés se profundiza. Permítame tener su consideración muy seria sobre el siguiente punto que me ha complacido mucho en su descubrimiento y que lo instruirá en la relación. En el sexto capítulo del Éxodo, se nos dice que este cordero que debería ofrecerse en la Pascua debía seleccionarse cuatro días antes de su sacrificio y mantenerse separado. Comenzando en el tercer versículo, leemos: "En el décimo día de este mes, les llevarán a cada uno un cordero, según la casa de sus padres, un cordero para una casa, y si la casa es muy pequeña para el cordero, que él y su vecino al lado de su casa lo tomen según el número de almas, cada hombre según su comida hará su recuento por el cordero".

El sexto versículo dice: "Y lo mantendrás hasta el día catorce del mismo mes". Durante cuatro días, este cordero, elegido para ser ofrecido, fue quitado del resto del rebaño y se quedó solo. Por dos razones, en parte, por su constante balido, podrían ser recordadas de la solemne fiesta que se celebraría. Y, además, que durante los cuatro días podrían estar bastante seguros de que no tenía mancha, ya que durante ese tiempo estaba sujeto a una inspección constante para asegurarse de que no tenía daños ni lesiones que lo hicieran inaceptable para el Señor.

Y ahora, Hermanos, un hecho notable aparece ante ustedes: así como este cordero estuvo separado cuatro días, las antiguas alegorías solían decir que Cristo estuvo separado cuatro años. Cuatro años después de abandonar la casa de su padre, se fue al desierto y fue tentado por el diablo. Cuatro años después de su bautismo fue sacrificado por nosotros. Pero hay otro, mejor que eso, unos cuatro días antes de su crucifixión, Jesucristo cabalgó triunfante por las calles de Jerusalén. Por lo tanto, se lo apartó abiertamente por ser distinto de la humanidad. Él, en el burro, cabalgó hasta el templo, para que todos pudieran verlo como el Cordero de Judá, elegido por Dios y ordenado desde la fundación del mundo.

Y lo que es más notable aún, durante esos cuatro días, verá, si se dirige a los Evangelistas, a su antojo, que se registra tanto de lo que hizo y dijo como a través de todas las otras partes de su vida. Durante esos cuatro días reprendió la higuera y enseguida se marchitó. Fue entonces cuando expulsó a los compradores y vendedores del templo. Fue entonces cuando reprendió a los sacerdotes y ancianos diciéndoles la similitud de los dos hijos, uno de los cuales dijo que iría y no, y el otro que dijo que no iría y lo hizo.

Fue entonces cuando narró la parábola de los labradores que conocían a los que les fueron enviados. Luego, dio la parábola del matrimonio del hijo del rey. Luego viene su parábola sobre el hombre que fue a la fiesta, sin vestirse de boda. Y luego también, la parábola acerca de las diez vírgenes, cinco de las cuales eran sabias y cinco de las cuales eran necias. Luego viene el capítulo de denuncias muy llamativas contra los fariseos: "¡Ay de ustedes, fariseos ciegos! Limpia primero lo que está dentro de la taza y el plato.

Y luego también viene ese largo capítulo de profecía sobre lo que debería suceder en el asedio de Jerusalén y un relato de la disolución del mundo: "aprende una parábola de la higuera: cuando su rama aún está tierna y produce hojas, sabes se acerca el verano". Pero no te molestaré diciéndote aquí que al mismo tiempo les dio esa espléndida descripción del Día del Juicio, cuando las ovejas se separarán de las cabras. De hecho, las declaraciones más espléndidas de Jesús se registraron como ocurridas en estos cuatro días. Así como el cordero separado de sus semejantes bailó más que nunca durante los cuatro días, así también Jesús habló durante esos cuatro días.

Y si desea encontrar una opción que diga de Jesús, consulte el relato del ministerio de los últimos cuatro días para encontrarla. Allí encontrará ese capítulo, "No se turbe vuestro corazón", allí también Su gran oración, "Padre, lo haré". Y así sucesivamente. Lo mejor que hizo lo hizo en los últimos cuatro días, cuando fue apartado. Y hay una cosa más a la que le ruego que preste especial atención. Durante esos cuatro días te dije que el cordero estaba sujeto al escrutinio más cercano, así que, también, durante esos cuatro días es singular relatar que Jesucristo fue examinado por todas las clases de personas. ¿Fue durante esos cuatro días que el abogado le preguntó cuál era el mayor mandamiento? Y él dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Fue entonces cuando los herodianos vinieron y le preguntaron sobre el dinero del tributo. Fue entonces cuando los fariseos lo tentaron. Fue entonces, también, que los saduceos lo probaron sobre el tema de la resurrección. Fue juzgado por todas las clases y grados: herodianos, fariseos, saduceos, abogados y la gente común. Fue durante estos cuatro días que fue examinado, ¿y cómo salió? ¡Un cordero inmaculado! Los oficiales dijeron, "nunca un hombre habló como este hombre". Sus enemigos no encontraron a nadie que pudiera siquiera dar un falso testimonio en su contra, como se acordó. Y Pilato declaró: "No encuentro falta en él".

No habría sido apto para el Cordero pascual si se hubiera descubierto una sola mancha, pero, "No encuentro ningún defecto en Él", fue la expresión del gran magistrado en jefe, quien declaró que el Cordero podría ser comido en la Pascua de Dios, El símbolo y los medios para la liberación del pueblo de Dios. ¡Oh amado! Solo tienes que estudiar las Escrituras para descubrir cosas maravillosas en ellas. Solo tiene que buscar profundamente y quedar asombrado de su riqueza. Encontrará que la Palabra de Dios es una Palabra muy preciosa. Cuanto más lo viva y lo estudie, más se esforzará por sus mentes.

Pero lo siguiente que debemos marcar es el lugar donde debía estar este cordero, que en particular establece que debe ser Jesucristo. La primera Pascua se celebró en Egipto, la segunda Pascua se celebró en el desierto, pero no leemos que se celebraran más de estas dos Pascuas hasta que los israelitas vinieron a Canaán. Y luego, si recurre a un pasaje en Deuteronomio, el capítulo 16 encontrará que Dios ya no les permitió matar al Cordero en sus propias casas, sino que designó un lugar para su celebración. En el desierto, llevaron sus ofrendas al tabernáculo donde se sacrificó el cordero. Pero en su primera cita en Egipto, por supuesto, no tenían un lugar especial al que llevaran el cordero para ser sacrificado.

Después, leemos en el versículo 16:

No puedes sacrificar la Pascua en ninguna las ciudades que el Señor tu Dios te da. Pero en el lugar donde el Señor tu Dios escoja colocar Su nombre, allí sacrificarás la Pascua al atardecer, al ponerse el sol, en la temporada en que saliste de Egipto. "Fue en Jerusalén que los hombres deberían adorar, porque la salvación era de los judíos. Estaba el palacio de Dios, allí se humeaba su altar y solo allí se podía matar al Cordero Pascual. Así fue nuestro bendito Señor llevado a Jerusalén. La multitud enfurecida lo arrastró por la ciudad. En Jerusalén nuestro Cordero fue sacrificado por nosotros. Fue en el lugar preciso donde Dios había ordenado que debía ser".

Oh, si esa multitud que se reunió a su alrededor en Nazaret hubiera podido empujarlo precipitadamente colina abajo, entonces Cristo no podría haber muerto en Jerusalén. Pero como Él dijo, "un Profeta no puede perecer fuera de Jerusalén", también era cierto que el Rey de todos los Profetas no podría hacer lo contrario: las profecías acerca de Él no se habrían cumplido. "Matarás al cordero en el lugar que el Señor tu Dios designe". Fue sacrificado en el mismo lugar. Por lo tanto, nuevamente tiene una prueba incidental de que Jesucristo fue el Cordero pascual para su pueblo.

El siguiente punto es la forma de su muerte. Creo que la forma en que se ofrecería el cordero, expone de manera tan peculiar la crucifixión de Cristo, que ningún otro tipo de muerte podría haber respondido de ninguna manera a todos los detalles aquí establecidos.

Primero, el cordero debía ser sacrificado y su sangre atrapada en un recipiente. Usualmente el sacerdote se paraba en el altar. Los levitas, o la gente, sacrificaron el cordero y la sangre quedó atrapada en una cuenca dorada. Luego, tan pronto como fue tomada, el sacerdote parado junto al altar sobre el cual estaba quemando la grasa, arrojó la sangre al fuego o la arrojó al pie del altar. Puedes adivinar qué escena fue. Diez mil corderos sacrificados y la sangre se derramaron en un río púrpura. Luego, el cordero debía ser asado, pero no se debía romper un hueso de su cuerpo.

Ahora sí digo que no hay nada más que crucifixión que pueda responder a estas tres cosas. La crucifixión tiene el derramamiento de sangre: las manos y los pies fueron perforados. Tiene en sí la idea de tostar, porque tostar significa un tormento prolongado. Y como el cordero estuvo mucho tiempo antes del fuego, así Cristo, en la crucifixión, estuvo expuesto durante mucho tiempo a un sol abrasador y a todos los demás dolores que engendra la crucifixión. Además, no se rompió un hueso, lo que no podría haber sido el caso con ningún otro castigo.

Supongamos que hubiera sido posible matar a Cristo de otra manera. A veces los romanos matan a los criminales por decapitación. Pero por tal muerte se rompe el cuello. Muchos mártires fueron asesinados al atravesarles una espada. Si bien eso habría sido una muerte sangrienta y no un hueso roto necesariamente, el tormento no habría sido lo suficientemente largo como para haber sido representado por el asado. De modo que, tome el castigo que quiera, tome el ahorcamiento, que a veces los romanos practicaban en forma de estrangulamiento, ese modo de castigo no implica el derramamiento de sangre y, en consecuencia, los requisitos no se habrían respondido.

Y creo que cualquier judío inteligente, leyendo este relato de la Pascua y luego mirando la crucifixión, debe ser golpeado por el hecho de que el castigo y la muerte de la Cruz por la que sufrió Cristo deben haber tenido en cuenta estas tres cosas. Hubo derramamiento de sangre. El largo y continuo sufrimiento, el asado de la tortura y luego, además, por la Providencia de Dios, no se rompió un hueso. El cuerpo fue quitado de la Cruz intacto. Algunos pueden decir que la quema podría haber respondido al asunto, pero no habría habido un derramamiento de sangre en ese caso y los huesos se habrían roto prácticamente en el incendio. Además, el cuerpo no se habría conservado entero.

La crucifixión fue la única muerte que pudo responder a estos tres requisitos. Y mi fe recibe una gran fortaleza por el hecho de que veo a mi Salvador no solo como un cumplimiento del tipo, sino como el único. Mi corazón se regocija al mirar a Aquel a quien he atravesado y ver Su sangre, como la sangre del cordero, rociada en mi dintel y mi jamba de la puerta, y ver Sus huesos intactos y creer que no se romperá un hueso de Su cuerpo espiritual en el más allá. Y me alegro, también, de verlo asado en el fuego, porque así veo que satisfizo a Dios por ese asado, que debería haber sufrido en el tormento del infierno por los siglos de los siglos.

¡Cristiano! Me gustaría que tuviera palabras para representar en un mejor lenguaje, pero, tal como está, te doy los pensamientos no digeridos que puedes llevar a casa y vivir durante la semana. Porque encontrarás que este Cordero Pascual es una fiesta por hora, así como una cena, puedes alimentarte de él continuamente, hasta que vengas al monte de Dios donde lo verás como Él es.

II. CÓMO OBTENEMOS BENEFICIOS DE LA SANGRE DE CRISTO. Cristo nuestra Pascua es asesinado por nosotros. El judío no podía decir eso. Podía decir un cordero, pero "el Cordero", incluso "Cristo nuestra Pascua", aún no se había convertido en una víctima. Y hay algunos de mis oyentes dentro de estos muros esta noche que no pueden decir: "Cristo, nuestra Pascua, es asesinado por nosotros". ¡Pero la gloria sea para Dios! Algunos de nosotros podemos. No son pocos los que han puesto sus manos sobre el glorioso chivo expiatorio y ahora también pueden poner sus manos sobre el Cordero, y pueden decir: "Sí. Es verdad. Él no solo es asesinado, sino que Cristo nuestra Pascua es asesinado por nosotros".

Obtenemos beneficio de la muerte de Cristo en dos modos: primero, al rociar Su sangre sobre nosotros para nuestra redención. En segundo lugar, al comer Su carne para alimento, regeneración y santificación. El primer aspecto en el que un pecador ve a Jesús es el de un cordero inmolado, cuya sangre se rocía en el poste de la puerta y en el dintel. Tenga en cuenta el hecho de que la sangre nunca se roció en el umbral. Se roció en el dintel, en la parte superior de la puerta, pero nunca en el umbral, porque ¡ay de aquel que pisotea la sangre del Hijo de Dios! Incluso el sacerdote de Dagón no pisó el umbral de su Dios. Mucho menos pisoteará el cristiano la sangre del Cordero pascual.

Pero su sangre debe estar en nuestra mano derecha para ser nuestra guardia constante y en nuestra izquierda para ser nuestro apoyo continuo. Queremos que Jesucristo sea rociado sobre nosotros. Como te dije antes, no es solo la sangre de Cristo derramada en el Calvario lo que salva al pecador. Es la sangre de Cristo rociada en el corazón. Volvamos a la tierra de Zoan. ¿No crees que contemplas la escena de esta noche? Es de noche. Los egipcios están regresando a casa, sin pensar en lo que viene. Pero apenas se pone el sol, se trae un cordero a cada casa. Los extraños egipcios que pasan, dicen: "Estos hebreos están a punto de celebrar una fiesta esta noche", y se retiran a sus casas completamente descuidados.

El padre de la casa hebrea toma su cordero. Lo examina una vez más con ansiosa curiosidad. Lo mira de pies a cabeza para ver si tiene una mancha. No encuentra ninguno. "Mi hijo", le dice a uno de ellos, "Trae aquí la cuenca". Se lleva a cabo. Apuñala al cordero y la sangre fluye hacia la cuenca. ¡No crees que ves al padre, ya que él ordena a su esposa matrona asar el cordero ante el fuego! "Presta atención", dice, "que no se ha roto un hueso".

¿Ves su ansiedad intensa mientras lo pone a asar, para que no se rompa un hueso? Ahora, dice el padre, "trae un montón de hisopo". Un niño lo trae. El padre lo sumerge en la sangre. "Vengan, mis hijos, mi esposa y todo y vean lo que estoy a punto de hacer".

Toma el hisopo en sus manos, lo sumerge en la sangre y lo rocía sobre el dintel y el poste de la puerta. Sus hijos dicen: "¿Qué quieres decir con esta ordenanza?" Él responde: "Esta noche, el Señor Dios pasará para herir a los egipcios y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes laterales, el Señor pasará sobre la puerta y no dejará que el Destructor entre en tus casas para golpearte".

La cosa está hecha. El cordero está cocido. Los invitados se ponen manos a la obra, el padre de la familia ha suplicado una bendición. Están sentados para darse un festín. Y marque cómo el anciano divide cuidadosamente la articulación de la articulación, para que no se rompa un hueso. Y él es particular en que el niño más pequeño de la familia debería comer un poco, porque así lo ha ordenado el Señor. ¿No crees que lo ves cuando él les dice: "Es una noche solemne, date prisa, en una hora todos saldremos de Egipto"? Se mira las manos, están ásperas por el trabajo. Aplaudiendo, grita: "No debo seguir siendo esclavo".

Su hijo mayor, tal vez, ha estado picoteando debajo de las pestañas y dice: "Hijo, has tenido el azote del maestro de tareas esta tarde. Pero es la última vez que lo sentirás". Él los mira a todos con lágrimas en los ojos: "Esta es la noche en que el Señor Dios te librá". ¿Los ves con sus sombreros en la cabeza, con sus lomos ceñidos y sus duelas en sus manos? Es la muerte de la noche. ¡De repente escuchan un grito! El padre dice: "Manténgase dentro de las puertas, hijos míos. Sabrás de qué se trata en un momento. Ahora, otro grito, otro grito, un grito tiene éxito, oyen gemidos y lamentos perpetuos.

"Permanece dentro", dice él, "el Ángel de la Muerte está volando hacia el extranjero". Un silencio solemne está en la habitación y casi pueden escuchar las alas del ángel batiéndose en el aire cuando pasa su puerta marcada de sangre. "Calma", dice el padre, "esa sangre te salvará". El grito aumenta. "Coman rápido, hijos míos", dice de nuevo. Y en un momento cuando los egipcios se acerquen, diga: "¡Consíguela de aquí! ¡Consíguela de aquí! No nos importan las joyas que te has prestado. Has traído la muerte a nuestras casas". "Oh", dice una madre, "¡Ve! ¡Por el amor de Dios! Ve. ¡Mi hijo mayor yace muerto!".

"¡Ve!", dice un padre "¡Ve! Y la paz vaya contigo". Fue un mal día cuando su pueblo llegó a Egipto y nuestro rey comenzó a matar a su primogénito, porque Dios nos está castigando por nuestra crueldad. Ah, véalos salir de la tierra. Los gritos todavía se escuchan. La gente está ocupada con sus muertos.

Cuando salen, un hijo de Faraón es llevado sin embalsamar, para ser enterrado en una de las pirámides. Actualmente ven a uno de los hijos de su maestro de tareas quitado. Una noche feliz para ellos, ¡cuando escapen! ¿Y ven, mis oyentes, un glorioso paralelo? Tenían que rociar la sangre y también comer el cordero.

Ah, alma mía, ¿alguna vez te rociaron la sangre? ¿Puedes decir que Jesucristo es tuyo? No es suficiente decir: "Él amó al mundo y dio a su Hijo", deben decir: "Él me amó y se entregó a sí mismo por mí". Se acerca otra hora, queridos amigos, cuando todos estaremos ante el bar de Dios. Y entonces Dios dirá: "Ángel de la Muerte, una vez sí heriste al primogénito de Egipto. Conoces a tu presa. Desenvaina tu espada". Contemplo la gran reunión. Tú y yo estamos parados entre ellos. Es un momento solemne. Todos los hombres están en suspenso. No hay zumbido ni murmullo. Las mismas estrellas dejan de brillar para que la luz no perturbe el aire por su movimiento.

Todo está quieto. Dios dice: "¿Has sellado a los que son míos?" "Yo tengo", dice Gabriel, "están sellados con sangre cada uno de ellos". Luego dice: "¡Barre con tu espada de matanza!" "¡Barre la tierra! Y envíen a los desvestidos, a los que no hayan comprado, a los que no estén lavados a la fosa". Oh, ¿cómo nos sentiremos, amados, cuando por un momento veamos a ese ángel batir sus alas? Está a punto de volar. "Pero", ¿la duda cruzará por nuestras mentes, "tal vez él vendrá a mí"? Oh no. Nos pararemos y miraremos al ángel en su cara.

***"¡Me atreveré a soportar ese gran día!
¿Para quién se pondrá a mi cargo?
Mientras a través de tu sangre absuelto estoy
De la tremenda maldición y vergüenza del pecado".***

Si tenemos la sangre sobre nosotros, veremos venir al ángel y le sonreiremos. Nos atreveremos a llegar incluso a la cara de Dios y decir:

"¡Gran Dios! ¡Estoy limpio! ¡A través de la sangre de Jesús, estoy limpio!"

Pero, mi oyente, si tu espíritu sin lavar se presentará ante su Creador. Si tu alma culpable aparece con todos sus puntos negros sobre ella, sin salpicar la marea púrpura, ¿cómo hablarás cuando veas el destello de la vaina, la espada del ángel se precipita hacia la muerte y se destruye con alas cuando te separará? Me parece que te veo de pie ahora. El ángel está barriendo mil allí. Hay uno de tus compañeros de hierba. Hay alguien con quien bailaste y juraste.

Hay otro, que después de asistir a la misma capilla, como tú, era un despreciador de la religión. Ahora la muerte se acerca y una hermana entró en el pozo. ¿No tengo sangre sobre mí? Entonces, oh rocas, ¡fuiste amable de tu parte esconderme! No tienes benevolencia en tus brazos. ¡Montañas, déjame encontrar en tus cavernas algún pequeño refugio! Pero todo es en vano, porque la venganza cortará las montañas y abrirá las rocas para descubrirme.

¿No tengo sangre? ¿No tengo esperanza? ¡Ah no! Él me golpea. La condenación eterna es mi parte horrible. La profundidad de la oscuridad de Egipto para ti y los horribles tormentos del pozo del que nadie puede escapar. Ah, mis queridos oyentes, si pudiera predicar como quisiera, si puedo hablarles sin mis labios y con mi corazón, entonces les pediría que busquen esa sangre rociada, y los exhorten por el amor de su propia alma, por todo lo que es sagrado y eterno, trabajar para que esta sangre de Jesús sea rociada en sus almas. Es la sangre rociada la que salva al pecador.

Pero cuando el cristiano se rocía la sangre, eso no es todo lo que quiere. Quiere algo de lo que alimentarse. Y, ¡oh dulce pensamiento! Jesucristo no es solo un Salvador para los pecadores, sino que es alimento para ellos después de que son salvos. El Cordero Pascual por la fe que comemos. Vivimos de eso. Pueden decir, mis oyentes, si tienen la sangre rociada en la puerta por esto: ¿se comen el Cordero? Supongamos por un momento que uno de los viejos judíos hubiera dicho en su corazón: "No veo el uso de este banquete".

Es correcto rociar la sangre en el dintel o de lo contrario no se conocerá la puerta. ¿Pero de qué sirve todo esto adentro? "Prepararemos el cordero y no le romperemos los huesos, pero no comeremos de él".

Y supongamos que fue y guardó el cordero. ¿Cuál habría sido la consecuencia? Por qué, el Ángel de la Muerte lo habría herido tanto como al resto, incluso si la sangre hubiera estado sobre Él. Y si, además, ese viejo judío hubiera dicho: "Ahí, tendremos un pedacito. Pero tendremos algo más para comer, tendremos pan sin levadura. No sacaremos la levadura de nuestras casas, pero tendremos un poco de pan con levadura".

Si no hubieran consumido el cordero, pero hubieran reservado algo de él, entonces la espada del ángel habría encontrado el corazón tan bien como el de cualquier otro hombre. Oh, querido oyente, puedes pensar que tienes la sangre rociada. Puedes pensar que eres justo. Pero si no vives en Cristo, tan bien como en Cristo, nunca serás salvo por el Cordero Pascual. "Ah", dicen algunos, "no sabemos nada de esto". Por supuesto que no. Cuando Jesucristo dijo: "a menos que comas mi carne y bebas mi sangre, no tienes vida en ti", hubo algunos que dijeron: "este es un dicho difícil, ¿quién puede soportarlo?"

Y muchos de ese tiempo regresaron, y no caminaron más con Él. No pudieron entenderlo. Pero, cristiano, ¿no lo entiendes? ¿No es Jesucristo tu comida diaria? E incluso con las hierbas amargas, ¿no es Él un alimento dulce? Algunos de ustedes, mis amigos, que son verdaderos cristianos, viven demasiado en sus cambiantes marcos y sentimientos, en sus experiencias y evidencias. Ahora, eso está todo mal. Eso es como si un adorador hubiera ido al tabernáculo y comenzara a comer uno de los abrigos que usaba el sacerdote. Cuando un hombre vive de la justicia de Cristo, es lo mismo que comer la vestimenta de Cristo.

Cuando un hombre vive de sus marcos y sentimientos, eso es tanto como si el hijo de Dios viviera de algunas fichas que recibió en el santuario, que nunca fueron destinadas a la comida, sino solo para consolarlo un poco. Lo que vive el cristiano no es la justicia de Cristo, sino CRISTO. Él no vive del perdón de Cristo, sino de Cristo. Y en Cristo, vive diariamente, en la cercanía a Cristo. Oh, amo la predicación de Cristo. No es la doctrina de la justificación lo que hace bien a mi corazón, es Cristo, el Justificador. No es perdón que tanto el corazón del cristiano se regocije, es Cristo el Perdonador. No es la elección la que amo tanto como la elección de mí en Cristo, antes de que comenzaran los mundos.

Sí, no es la perseverancia final que amo tanto como el pensamiento de que en Cristo mi vida está oculta y que, dado que Él da a Sus ovejas la vida eterna, nunca perecerán, ni nadie las arrebatará de Su mano. Ten cuidado, cristiano, de comer el Cordero Pascual y nada más. Te digo hombre, si comes eso solo, será como pan para ti, la mejor comida de tu alma. Si vives de otra cosa que no sea el Salvador, eres como alguien que busca vivir de alguna hierba que crece en el desierto, en lugar de comer el maná que baja del cielo.

Jesús es el maná. En Jesús, así como por Jesús vivimos. Ahora, queridos amigos, al venir a esta mesa, mantendremos la Cena Pascual. Una vez más, por fe, comeremos el Cordero. Por santa confianza llegaremos a un Salvador crucificado, y nos alimentaremos de Su sangre.

Y ahora, para concluir, déjenme preguntarles, ¿esperan ser salvados, mis amigos? Uno dice: "Bueno, casi no lo sé. Espero ser salvo, pero no sé cómo hacerlo". ¿Crees que te cuento una ficción cuando te digo que la gente espera ser salvada por las obras? No es así, es una realidad. Al viajar por el país me encuentro con todo tipo de personajes, pero con mayor frecuencia con personas que se justifican. ¿Con qué frecuencia me encuentro con un hombre que se considera bastante piadoso porque asiste a la iglesia una vez un domingo y que se considera bastante justo porque pertenece al Establecimiento?

Como un miembro de la Iglesia [miembro de la Iglesia de Inglaterra] me dijo el otro día: "Soy un hombre de iglesia rígido". "Me alegro de eso", le dije, "porque entonces eres un calvinista, si tienes los 'Artículos'. Él respondió: "No sé acerca de los 'Artículos', voy más por la 'Rúbrica'". Así que pensé que era más formalista que cristiano. Hay muchas personas así en el mundo. Otro dice: "Creo que seré salvo. No le debo nada a nadie. Nunca he estado en bancarota. Les pago a todos veinte chelines en la libra. Nunca me emborracho. Y si me equivoco con alguien en cualquier momento, trato de compensarlo dando una libra por año a tal y tal sociedad. Soy tan religioso como la mayoría de la gente. Y creo que seré salvo.

Eso no servirá. Es como si un viejo judío hubiera dicho: "No queremos la sangre en el dintel, tenemos un dintel de caoba. No queremos la sangre en la jamba de la puerta, tenemos una jamba de caoba. Ah, sea lo que sea, el ángel lo habría golpeado si no hubiera tenido la sangre encima. Puede ser tan justo como quiera, si no tiene la sangre rociada, toda la bondad de sus puertas y dinteles será inútil. "Sí", dice otro, "no estoy confiando exactamente allí. Creo que es mi deber ser tan bueno como puedo. Pero luego creo que la misericordia de Jesucristo compensará el resto. Trato de ser tan justo como las circunstancias permitirán y creo que cualesquiera que sean las deficiencias que pueda haber, Cristo las subsanará".

Es como si un judío hubiera dicho: "Hijo, tráeme la sangre", y luego, cuando fue traído, dijo: "tráeme una jarra de agua". Y luego lo tomó, lo mezcló y roció el poste de la puerta con él. ¡Por qué el ángel lo habría herido tan bien como a cualquier otra persona, porque es sangre, sangre, sangre, sangre lo que salva! No es sangre mezclada con el agua de nuestras pobres obras. ¡Es sangre, sangre, sangre, sangre y nada más! Y el único camino de salvación es por sangre. Porque, sin derramamiento de sangre no hay remisión del pecado. Han rociado sangre preciosa sobre ustedes, mis oyentes. Confía en sangre preciosa.

Deja que tu esperanza esté en una salvación sellada con una expiación de sangre preciosa, y eres salvo. Pero al no tener sangre, o tener sangre mezclada con cualquier otra cosa, estás condenado como estás vivo, porque el ángel te matará, por bueno y justo que seas. Vete a casa y piensa en esto: "Cristo, nuestra Pascua, es sacrificado por nosotros".